

XXXI

An día, Sixto More se cruzó conmigo en la montaña. Sabía yo que había él hablado harto ligeramente de mí, y me pareció verle turbado para saludarme. Las almas sin mancha y sin reproche se rien de semejantes agresiones sin sentir sus heridas. Yo me le dirigí el primero, preguntándole por su familia. Turbóse él entonces por completo, y encogiéndose de hombros alejóse, en ademan despechado y desdeñoso á un tiempo. Permanecí en mi puesto, siguiéndole con los ojos. Volvióse él entonces, y haciendo un gesto amenazador, dió algunos pasos hácia mí. Yo estaba esperando sin moverme; detúvose Sixto, y nos quedamos mirando á los ojos, él exasperado, yo, si bien sorprendido, tranquilo.

De repente, y como tomando al parecer una determinacion, llegóse á mí y me tendió la mano que yo tomé en la mia, pero sin dejar de fijarme en la expresion de su semblante. Nada advertia en él de perfidioso pero sí mucho de turbado. Ya os he dicho que era un buen hombre y que yo le tenia por tal.

—¿Vivís bajo el peso de alguna desgracia? le pregunté; añadiendo: ¿decidme lo que puedo hacer por vos?

—De ninguna, respondió; pero es necesario que sepais mis

penas. No puedo estarme de daros cuenta de ellas, á pesar de que no somos amigos. Es una necesidad superior á mis fuerzas; vuestro semblante me exige arrepentimiento, y cada vez que os encuentro, me digo á mí mismo: "Hé aquí un hombre á quien he desconocido por estar celoso de él. Será ello una injusticia pero es así. El mejor dia me confesaré con él, y me veré obligado, por no sé qué de bueno y honrado que en mí siento, lo cual no me impediria, sin embargo, de continuar juzgándole todavía mal, puesto que hay tambien en mí algo de malo; y esto, por lo cual yo me lamento y sufro, es el amor que he tenido á su mujer.

Este amor se ha desvanecido ya, añadió al ver que yo esperaba para contestarle á que desarrollara mejor su pensamiento. Yo no amé del todo á Felicia, ni tengo necesidad de deciros el por qué, que indudablemente sabreis un dia ú otro. Podeis, pues, contestarme francamente si me perdonais el haber manifestado mi disgusto, y si vos os habeis sentido más ó menos disgustado contra mí.

—Yo he sentido únicamente amistad por vos, le respondí, y la siento aun porque os he perdonado ya en el fondo de mi corazon sin aguardar para ello vuestras explicaciones. Ahora que habeis tenido el valor de romper el hielo, os aprecio aun más, y estoy seguro de que deseais, ó mejor, que no reincidiereis en vuestras injusticias.

—¡Ved, exclamó él, si he sido del todo injusto! ¿No ha sido una picardía el haberos casado con Mme. Morgeron? Se ha dicho en la comarca: "¡Es por el dinero!," Yo lo he dicho igualmente, sin creerlo; pero pensando que había sido por alguna de las intenciones propias de vuestra edad y tal vez de la mia, porque yo no tengo sino unos diez años menos que vos.

—¿Qué intencion he podido llevar? ¡Explicaos, maese Sixto!

—La intencion de decir: "Hé aquí una jóvon asediada por otros muchos, más ricos y más jóvenes que yo, de la que quiero

ser amado. Quiero, por amor propio, ser preferido á todos los demás, incluso su primo!

—¿Su primo?

—Sí, su primo, Tonino Monti, quien ha creído durante mucho tiempo llegar á ser su esposo, habiéndose casado por despecho con otra mujer, lo cual no le impide echarla de menos diariamente, y de envidiar diariamente también vuestra ventura. Felicia lo sabe perfectamente, y por eso no quiere verle delante de vos.

—¡Os equivocais, Sixto! Puesto que nos vemos frecuentemente con Tonino; y lo que suponeis con respecto á nuestro primo es tan absurdo como lo es el amor propio que me atribuíis.

—¡Como queráis! ¿Entonces os habeis casado con Mme. Morgeron por puro amor?

—Y por amistad.

—¿Se puede, pues, aún estar enamorado á los cincuenta años?

—Indudablemente.

—¿Entonces, dentro diez años podré aún estar enamorado de vuestra esposa?

—¿No habeis dicho que se habia ya desvanecido?...

—He mentido; es decir... hay dias en que lo creo así y otros dias que no. Esto depende de cosas que me molestan en alto grado, sin que me atañan directamente, si quereis, y que no os molestan á vos lo bastante tal vez, ya que no las evitais.

—Hablad: decid ¿cuáles son estas cosas?

—Son cosas en las cuales os fijais muy poco.

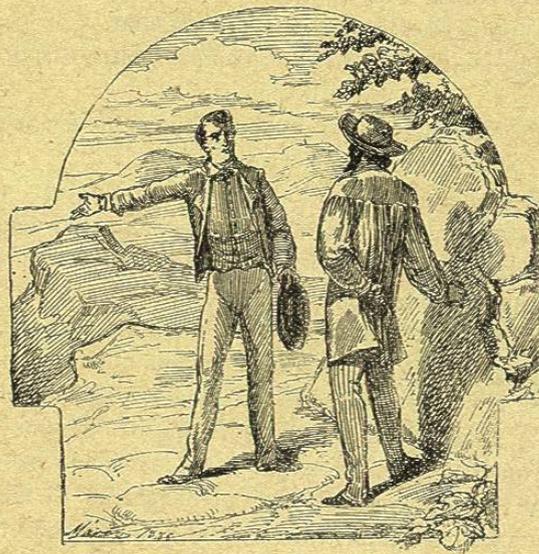
—Muy poco.

—Pues bien...

Interrumpióse Sixto á sí mismo; el sudor aljofaraba su frente, parecia estar en lucha con algún secreto pesar.

—M. Sylvestre, exclamó asiéndome fuertemente del brazo,

¿por qué dejáis que viva ese maldito perro italiano que os engaña? ¿Sois hombre ó no lo sois? ¿Las personas que, como vos, han recibido educacion y han vivido en el mundo de los ricos, tienen una naturaleza distinta de la de las gentes del campo como yo? ¿Es natural en ellos el deber de sufrir los insultos ajenos y de abandonar sus mujeres al peligro de que se las señale con el dedo? Aquí donde me veis, no siendo, como no soy, nada de Felicia, nada me debe ella á mí, ni yo le debo á ella nada tampoco; pero, si yo llegaba á descubrirla culpable, quedaria curado de amores para toda la vida. Desprecia-ria á todas las mujeres permaneciendo soltero hasta morir.



Tanto seria el efecto que produciria en mí el ver á Felicia falsa y envilecida, que no podria jamás olvidarlo. Y vos, vos

continuaríais tranquilo, algo pálido, sí, pero nada más, puesto que aún veo que sonreís mirándome con aire compasivo; tomándome por un pícaro que se venga, ó por un loco que está viendo visiones.

Efectivamente, le creía presa de algun exceso de locura. Irritóse por fin, hasta el extremo de apostar á que me aseguraria de la verdad del hecho.

—¿Qué hecho? le pregunté.

—No hace todavía media hora, respondiíme señalando un grupo de rocas, que estaban aquí juntos los dos, escondiéndose... ¿Lo sabíais?

—Lo que yo sé es que no se escondían. Vuestra suposición es una grave ofensa á mi mujer. Y os prohibo, por lo tanto, el aventurar una palabra más sobre el particular.

—Debíais decir lo que estais diciéndo, contestó Sixto, pero deberíais ir á ver si están allí todavía.

—Iré tranquilamente para tener el gusto de encontrarles, pero sin el menor temor de sorprenderles.

—¡Perfectamente! ¿Vais á toser para anunciar vuestra llegada? Está bien, id como mejor os acomode, sed engañado; ¡poco debe importarme ello á mí! Ya os he advertido; he cumplido, á pesar de todo, con mi deber, porque son exclusivamente vuestros los cuidados de darle una lección á ese Tonino. ¿Que no queréis dársela? Está bien, puede que el mejor día se la dé yo: él se me vendrá indudablemente á las manos, y entonces le aplastaré como se aplastan los animales venenosos, porque hace diez años que estoy sufriendo sus malas mañas y he llegado ya al colmo de mi paciencia. El fué quien impidió que Felicia me atendiera, y es él quien hace que me avergüence ahora de haberla amado tanto! Adelante, adelante, señor marido; cerrad los ojos, tapaos los oídos y dormid tranquilo; yo, yo velaré por cuenta propia.

XXXII

V sin darme espacio para contestar, alejóse fuera de sí. Su cólera no me preocupaba mucho, puesto que yo le creía susceptible y vanidoso; no le juzgué celoso sino por amor propio, pues sabia su aversión á Tonino, con el cual habia tenido recientemente discusiones por intereses. Cuando hube desechado los supuestos y dominado por completo lo que acababa de pasar, dirigíme completamente tranquilizado al sitio que tan vagamente se me habia indicado.

Estaba éste á bastante distancia de la habitacion, en el fondo de una pequeña garganta cuyos terrenos pertenecian precisamente á la familia de Sixto More. La roca, harto escarpada, parecia abierta á pico á lo largo del sendero; pero no habia por allí cueva ninguna, ni ninguna sinuosidad podia servir de escondite ni siquiera de lugar de descanso. Siguiendo por aquel camino de cabras, dí la vuelta al grupo de rocas; no habia nadie. Creí entonces que Sixto habia soñado ó que se habia querido reir de mí. Yo no conocia mueho aquel sitio, pues si habia pasado por allí muchas veces no me habia detenido jamás. Subí poquito á poco una pendiente alfombrada de cesped en la cual creí ver algunas huellas de planta humana, cuyas hue-

llas, bastante vagas, por cierto, desaparecian luego por completo. Yo no buscaba á nadie; el sitio era delicioso, subí á la cúspide del grupo, donde cogí algunas flores raras que por allí crecian. Pensaba en Tonino, que me amaba ardientemente, y en Felicia á quien yo creia no deber perturbar en lo más mínimo con el insensato despecho de Sixto More. Pensaba igualmente en mí mismo para preguntarme si era yo digno de la dicha que experimentaba. No podia por cierto echarme en cara el haberlo conseguido indignamente y de haberme aprovechado ó reido del dolor ajeno. Sentia yo aquella especie de melancolía de las personas de ambicion modesta, que piden espontáneamente perdon á los hombres y á Dios de poseer cierta sabiduría silenciosa y cierta prosperidad humilde.

De pronto ví á Felicia al pié del grupo de rocas volviendo rápidamente hácia la senda que se internaba en una espesura de malezas. No hizo sino aparecer y desaparecer; pero era ella en realidad, y su paso parecia el de carrera furtiva. Mi corazon latia con violencia. Echébame yo mismo en cara; precipítame para reunirme. No me atrevia á decir una palabra. Sixto More podia estar á pocos pasos de distancia y creerme celoso. Volví á sentarme sin hacer el menor ruido, y, suponiendo que estaban observándome, púseme á coger flores y yerbas sin manifestar la menor agitacion.

No tardé en notar que efectivamente se me observaba, pero no por Sixto More, sino por Tonino, á quien ví salir súbitamente de un recodo que formaban las rocas sobre mí. El me habia visto primero, y tuvo por lo tanto espacio para tranquilizar su semblante.

—¿Qué diablos estais haciendo por ahí, padre mio? me dijo corriendo y acariciándome con la mirada límpida y trasparente como las fuentes de la montaña.

—Ya lo ves, dije; estoy cogiendo algunas flores que me hacen gracia.

—Cogedlas, dijo; á mi prima le agradan mucho. Yo paso muchas veces por aquí; es el camino más corto para ir á veros, y cuando le llevo un ramo, me dice siempre: ¿De dónde sacas estas flores tan hermosas?

—¿Vienes por casa? repuse yo. Hace bastante tiempo que no te he visto.

—¡Ah! ¡qué quereis! ¡con los pequeñuelos á cuestras, y una mujer que ha de destetar al uno para dar de mamar al otro! No la dejo mucho tiempo sola.

—Y haces bien. Vámonos: ¿vienes á ver á tu prima?

—Me va á regañar.

—¿Por qué?

—Primero, para no perder la costumbre, y luego porque no le he dado señales de vida desde hace un mes.

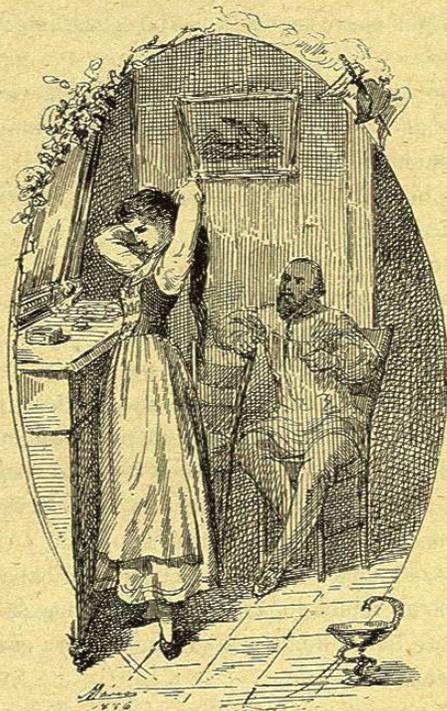
—Y bien, si te regaña, tambien te perdonará.

Subimos entonces juntos por el mismo atajo por el cual Felicia acababa de escapar. Estaba yo perfectamente convencido de que Tonino no creia que yo la hubiese visto; pero, ¿la habia visto tambien él? ¿Sabia que ella hubiese estado allí, ó que acabase de pasar? El estaba tan tranquilo y risueño, que no podia creer en una traicion. Nada me explicaba la presencia de Felicia en aquel lugar, particularmente salvaje, pero indudablemente habia de aclararse aquella rara casualidad en cuanto nos reuniésemos.

Dominando mi emocion, apresuré el paso. Tonino me detenia á cada momento bajo diferentes pretextos muy justificados, con el aire más natural del mundo.

Tanto fué así, que Felicia hacia ya que habia entrado diez minutos á lo menos, cuando llegábamos nosotros. Habia tenido tiempo de cambiarse el calzado y de volverse á peinar. Como ella se tomaba diariamente este trabajo antes de sentarse á la

mesa, le pregunté simplemente si había salido. Yo esperaba una respuesta sencilla, veraz y satisfactoria; pero me contestó con verdadero aplomo mintiendo. Dijo: ¡no!.... Repetí entonces la pregunta como si una distracción cualquiera me hubiese privado de entender la respuesta. Ella repitió: ¡No!....



Sentí entonces como si un vértigo cegara mis ojos, y un frío de muerte conmoviese todo mi sér.

No, no existe sino una sola muerte; pero durante la cortísima vida que atravesamos, morimos muchas veces. Perece-

mos repetidamente. Nuestro sér aparente queda como antes, pero en el fondo nuestras almas se descomponen, se desvanecen, se aniquilan; las sentimos helarse dentro de nosotros y pesar allí como un cadáver. ¿Qué es del alma luego? ¿Se va por su lado para esperarnos y unirse luego á nuestras existencias sucesivas? ¿Es ya una cosa gastada, terminada, que no puede ya servirnos á nosotros ni á nadie?

¿A dónde vais, á dónde vais, oh amores pasados? ¿quién puede decírmelo? Truécanse en fantasmas, en sombras ó en larvas, al decir de los poetas. ¡Ah! ¿qué no esperan nada? ¿Este mundo que se desvanece á nuestra vista no ha existido jamás? ¿Las pasiones son únicas é igualmente imaginaciones vanas como los sueños? No, esto es imposible. Las visiones soñadas son la acción de un *yo* inconveniente é incompleto. Las pasiones son, no solamente la acción fatal, sino la obra voluntaria de toda nuestra individualidad. La atracción los suelta, pero la voluntad les persigue, los conoce, los define, les da nombre y los satisface. Nuestras pasiones son nuestro espíritu y nuestro corazón, nuestra carne y nuestros huesos, nuestra fuerza realizada, la manifestación de la intensidad de nuestra vida íntima por nuestra vida física; aspirando igualmente á ser partícipes; lo son, se agitan, llegando á ser fecundas y á crear. Ellas producen obras, actos, hechos, esto es, la historia—de lo bello, el arte—ó buenas, las ideas, los principios, el conocimiento de la verdad. Crean séres, hijos que nacen de nosotros intelectualmente ó en realidad. No son pues sueños ni espectros. Matad las pasiones y matais el hombre.

¡Y, sin embargo, una pasión puede extinguirse, sin que nosotros muramos! ¿Será ello tal vez demasiado agradable no sobrevivir á su poder y partir con aquello que nos hace igualmente buenos á todos, la fe? No es por cierto así; es necesario, á muchas repeticiones de la vida, el sentirse roto, despojado, perdido, sin recursos y trabar de nuevo relaciones con

nosotros mismos como con un extraño. Es preciso decirlo, y á veces rudamente confundido: "¿Dónde estaba yo al mismo tiempo, y cuál es aquella otra existencia que me dominaba como un ataque de parálisis? Es que pude vivir de tal suerte, sin inteligencia, sin mi corazón y sin la razón de ser que yo al mismo tiempo tuve, y que no volveré á tener jamás?"

Habéis oído hablar indudablemente de los efectos del *curare*, este veneno que hiela la energía vital sin quitar la conciencia de una muerte próxima é inevitable. Yo me sentía dominado asimismo bajo una capa de plomo, entre un montón de rocas, sin escape, sin advertirlo, sin reacción posible. Todos los hombres han pasado más ó menos por ello y pueden comprenderlo. Compadecead á los que se agitan en vano creyendo aturdirse con la cólera ó la embriaguez. Compadecead aun más á aquellos que saben que ciertos venenos no tienen remedio, y que desde la primera absorción hacen que abarquemos de una sola mirada lúgubre todo el horror de nuestra situación. ¡Desengañado en un instante! Este fui yo, para toda la vida.

Por lo tanto, no he de hacer que recorrais al través de una prolongada serie de ilusiones desvanecidas y de esperanzas y decepciones. ¿Como oculté la violencia del choque que me hería? yo mismo lo ignoro; jamás he sabido, darme cuenta de ello; no lo recuerdo. Encontréme por la noche en mi despacho. Felicia y Tonino estaban tocando el violín en la sala que venía bajo mis piés. No les oía sino cortos momentos y con irregulares intervalos, en que parecía como que se abriese una puerta entre ellos y yo, volviéndose á cerrar al instante; pero esta puerta no existía sino en mi imaginación. Había tomado un libro que hojeaba sin verle. Ocupé algunos momentos en puerilidades. ¿Por qué me había mentido de una

manera tan estúpida, cuando le hubiera sido facilísimo el disimulo?

Hubiera podido decirme de igual manera la verdad, hasta cierto punto, como: "Figurándome que Tonino iba hoy á venir, he salido para recibirle, le he esperado; luego, recordando que era ya hora de comer, me he vuelto por el mismo camino, no dudando, sin embargo, de su pronta llegada. A esperar yo cinco minutos más nos hubiéramos encontrado y hubiéramos venido los tres juntos." ¿Qué le hubiera costado decir esto?—Y, si hubieran estado saludándose sencillamente, ¿por qué no dejarse sorprender por mí, que, desde nuestro casamiento, les había encontrado y dejado juntos veinte veces sin inquietarme?

¿Qué fatalidad la impulsaba, pues, á mentirme de la manera más flagrante y desatentada que pueda imaginarse, cuando mi excesiva confianza venía asegurando la impunidad de los culpables? Esto me parecía más piadoso. Púseme á reír solo, dando una carcajada despreciativa y dolorosa como un lamento, la cual me hizo temblar y mirar en torno mio, como si esperase ver mi otro yo, riéndose é insultándome.

Pero yo estaba solo, y era por lo tanto seguro que era yo quien se había reído. Se me hubiera podido oír desde abajo si las voces del violín de Felicia no hubieran sofocado la mía. Estaba ella tocando maravillosamente aquella noche. Escuché un instante y me volví á reír, porque así estaba mintiendo en ella la música como todo lo demás. No podía ser ella otra cosa que falsedad y mentira de piés á cabeza. Yo escribí sobre el borde de la mesa: "Tu nombre es mentira." Luego borré lo escrito. Toda manifestación me parecía indigna de mi fiereza. Cesé de reír y cesé de llorar, porque yo lloraba á cada instante sin conciencia de ello. Salí de la casa, fijéme en la manera de brillar de las estrellas y, cosa rara, de súbito empecé á respirar. Parecíame que iba creciendo hasta los astros,

que los tocaba, que participaba de sus llamas, que tenía todo el mundo y mi corazón en cada una de mis manos, que yo era fuerte como Dios, que era tan dichoso como infinito, y que cantaba en una lengua desconocida. ¡Qué sé yo! estaba probablemente loco en aquel momento; pero no, me equivoqué, no lo estaba! sobrecitado, alucinado: ¡esto tal vez! Veía yo más allá de mi existencia individual, la bajeza del mal y el esplendor del bien; estos dos polos del alma humana. Un crimen acababa de sumergirme en un infierno de tinieblas, porque los seres humanos están unidos por una solidaridad terrible, y aquellos á quienes amamos particularmente forman, en cierto modo, parte de nosotros mismos. Al descubrir que los dos objetos de mi más tierna afección estaban gangrenados y corrompidos, sentí penetrar en mí la muerte; la vergüenza de que ellos debían estar cubiertos, me había amancillado, me había sonrojado y había palidecido como si fuera cómplice de su falta. El mal andaba desencadenado por la tierra, y triunfaba de todos como triunfó de mí. No existía en el mundo sino mentira y brutalidad. Puesto que dos seres que yo había colocado tan altos en mi estimación como en mi ternura, no valían más que los últimos salvajes, ¿podía estar seguro de mí mismo? ¿No era yo culpable igualmente por haber descendido tanto? ¿Qué garantías podía ofrecer desde entonces á los hombres y á Dios, de mi rectitud y de mi castidad?

Pero cuando se desvaneció aquella nube, cuando la irradiación de los astros iluminaba en el fondo purísimo del cielo aquella escala de Jacob que todo hombre de carácter vislumbra en sus angustias, asiéndose á ella entusiasmado para huir de los monstruos y sus emanaciones, dejé la miserable esfera en la que se agitan tantos problemas y sofismas. Ascendí á la región de la verdad, en donde el mal no es más que relativo y donde su nombre nada significa. Allí iremos todos, purificados por el tiempo, la expiación y la experiencia; pero no todos

ascenderemos en el espíritu de esta vida. El reino de los cielos, llamo así al sentimiento puro, embriagador y grandioso de lo bueno y del bien infinito y eterno, que no se abre ni por un instante á aquellos que sólo ven con los ojos del cuerpo y que desprecian toda noción de lo que es el bien y el mal de su especie. El hombre no posee en verdad el bien absoluto; es por esto que desciende desde que se le busca fuera del bien relativo y accesible. No necesita en verdad prescripciones morales, ni calenturas peligrosas y satisfacciones impudicamente conquistadas entre el esfuerzo del alma y su fin misterioso y sublime.

Yo era puro y sencillo, y en una palabra de doble sentido que, en medio de mi éxtasis, se me venía á los labios, podía reasumirme yo mismo: "El mal que se me hace y no he podido nunca ni podré jamás causárselo á los demás." En efecto, la hermosa Vanina, cien veces más joven y más hermosa que mi mujer, hubiera podido ser conducida á mi lecho por los demonios legendarios de la noche, pero mis brazos no se hubieran enlazado alrededor de su cuerpo, ni mi imaginación, siquiera, hubiera desflorado á la compañera de Tonino; y esto, así á los veinte y cinco años como á los cincuenta. Podía yo recorrer con mirada serena todo mi ardiente y varonil pasado, sin encontrar en él la mancha más insignificante. No tenía que echarme en cara ni una hora en la que la brutalidad de los sentidos hubiese dominado en mí la probidad del alma.

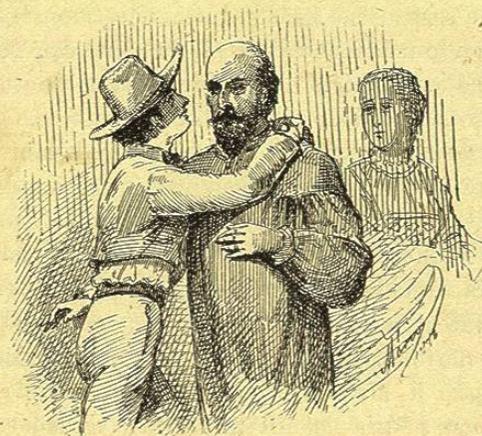
Era yo, pues, simplemente, un buen hombre, que no tenía sin duda de que enorgullecerse, pero sí en que consolarse sintiendo en sí una gran paciencia y cierto goce austero. Aquellas desdichas que procuraban envilecerme habían emprendido un imposible. Era yo mi propio juez y el suyo. Habíanme robado arteramente el reposo, la dicha, la poesía, mi fe en ellos; en una palabra, todo cuanto había servido de base á mi nueva existencia.

No les faltaba sino asesinarme. ¿Por que no? Desembarazarse de Vanina y de mí, hubiera sido lo lógico; pero quitarme una parte de mi valor moral para engalanarse el uno á los ojos del otro, ¡esto les era del todo imposible!

XXXIII

TONINO se retiró cuando yo volví á entrar. Despidióse de mí como acostumbraba, tierna y alegremente.

—Pues que, le dijo Felicia, ¿no le das un abrazo á tu padre?



Llamóme entonces padre, y me abrazó. Recordando la leyenda del beso de Judas, me dejé abrazar.